
La batalla por la historia

Enrique Krauze*

Para hablar sobre héroes y caudillos, sobre carisma y tradición, sobre monarquías y repúblicas, he citado a tres admirados generales de división (histórica): Simón Alberto Conzalvi, Germán Carrera Damas y Elías Pino Iturrieta. Nos reunimos en el Hotel Tamanaco. Construido en tiempos de Marcos Pérez Jiménez al pie del majestuoso Monte Ávila, conserva la frívola grandiosidad de los años cincuenta pero hay un cierto deterioro en sus pasillos y habitaciones. Antes de viajar a Caracas he hecho mi tarea y leído algunos de sus libros. Simón Alberto escribe ensayos breves sobre figuras históricas para colocarlas en su justa dimensión, trae a cuento experiencias violentas para mostrar los extremos que el país no debe repetir, recorre con gusto y sabor la obra de autores pasados y presentes, juzga todo con una mirada sabia y liberal. Germán, prolífico y profundo, es el gran historiador pero también es un filósofo de la Historia. Elías Pino Iturrieta es brillante, imaginativo, claro y polémico. Germán camina con bastón y porta una peculiar barba incipiente. Simón Alberto tiene un aire a Quevedo con sus pequeños espejuelos. Elías es irónico y formal.

La charla tiene lugar en un frío salón del *business center*. Nada menos propicio para hablar de historia, pero mis cálidos amigos se avienen. Al acabar la larga sesión caminaremos al restaurante al aire libre, junto a la inmensa alberca. El día es soleado y los cuatro admiraremos a las mujeres venezolanas, ese “fantástico cocktail étnico” (Alejandro Rossi *dixit*). “Es verdad, y lo debemos sobre todo a la inmigración europea de mediados del

* Reproducimos, con autorización de su autor, una entrevista a cuatro bandas tomada de *El poder y el delirio* (México: Tusquets, 2008).

siglo”, me dirá Germán, siempre pedagógico, recordando un dicho: “Son lindas, pero están mal repartidas”.

Enrique Krauze: *En Venezuela se está librando una batalla por la historia, por la verdad histórica, contra la mitologización de la historia. ¿Cómo la viven ustedes, que son protagonistas?*

Germán Carrera Damas: Mi preocupación no es meramente historiográfica. No voy a discutir la historia con Chávez, para mí eso está claro. Me he negado sistemáticamente a hacer comentarios sobre esta especie de señuelo que él lanza cada cierto tiempo para que uno caiga. Lo que me preocupa es que en esta sociedad, y no digo que sea la única, hay un vínculo muy estrecho entre conciencia histórica, conciencia nacional, conciencia social y conciencia política. Es una estructura muy vinculatoria que llega a un extremo en que el pensamiento histórico, digamos oficializado y generalizado, tiene una proyección política concreta, inmediata, no como un simple referente sino como motivación.

Por ejemplo, quienes se oponen a Chávez son enemigos de Bolívar y eso no tiene que ser demostrado, basta con que se afirme. Elías, Simón y yo somos enemigos de Bolívar de acuerdo con ese esquema. ¿Qué significó Bolívar o qué significa para este caso? Eso no interesa. Lo importante es la manipulación de la conciencia histórica venezolana. Nadie que no sea bolivariano es venezolano y ser venezolano implica fundamentalmente una actitud, una actitud social, ante el Imperio, ante los ricos, etcétera... Por lo tanto, eso se traduce en una actividad política. ¿En qué consiste? Votar por el “socialismo del siglo XXI” es votar siguiendo la huella y la orientación de Simón de Bolívar, el libertador, que no llegó a ser comunista porque murió (según la tesis del régimen actual), pero que sí rozó con el socialismo, según la tesis que se difunde masivamente, por todos los medios de comunicación.

Este combate por la historia, repito, no es meramente historiográfico. Tiene una proyección política concreta, actual, y pesa o puede pesar muchísimo en el futuro de la sociedad venezolana, como democracia moderna, como una democracia realmente activa, social, no simplemente como régimen gubernamental. Ésta es un poco mi posición en este asunto.

Simón Alberto Consakvi: Coincido en gran medida con lo que dice Germán, pero además yo añadiría que Chávez ha encontrado un terreno propicio

para la falsificación y la adulteración de la historia. Es el hecho de que nos caracterizamos por una ignorancia de la historia y por un gran desconocimiento tanto de la experiencia de la dictadura, como de la misma experiencia democrática.

Hay una negación sistemática de los inmensos logros de la democracia venezolana en los 40 años de 1958 a 1998, extraordinarios sin duda alguna en muchas áreas. Primero, se estabilizó el país. Betancourt es el primer presidente en la historia venezolana que entrega el poder a otro mandatario elegido. Hemos tenido una experiencia muy reciente en materia democrática, pero, además de eso, la propia democracia fue poco celosa o poco perspicaz en la necesidad de profundizar en que la gente se conectara con aquella experiencia. De ahí que ha sido muy fácil para Chávez la obra de negar absolutamente las grandes conquistas democráticas.

La libertad de expresión en Venezuela, para tratar un tema que me concierne directamente, fue extremadamente agresiva y negativa con el proceso democrático. De modo que cuando llega Chávez al poder estamos bastante debilitados, no tenemos estructuras mentales para resistir el ataque de Chávez y el cuestionamiento a la democracia. A Chávez se le ha facilitado el asedio a la democracia, su negación, justamente por esas circunstancias.

Elías Pino Iturrieta: Por ahí van más los tiros, creo yo, pero agregó lo siguiente: ésta es la cúspide de una manipulación y de una negación de la historia que son muy antiguas. Todos los gobiernos desde el siglo XIX se han ocupado de escribirla a su manera y por su puesto de convertir a Bolívar en su muleta, en su apoyo. Eso lo sabemos. ¿Qué puede ser lo que está sucediendo hoy que hace más interesante la participación del historiador y el hecho de que se convierta en protagonista público? Nos invitan a los programas de opinión, los movimientos ciudadanos quieren que estemos presentes. Chávez transmite constantemente un mensaje que los otros presidentes no se atrevieron a enviar. Había como cierto límite. Eso por supuesto hace que la historia esté sobreexpuesta y se busque una posibilidad de respuesta entre nosotros.

Y uno sólo se ve obligado a responder. Quizá sesgadamente. Germán dice que él no va a discutir directamente contra Chávez, pero cada vez que Chávez dice una cosa, uno busca la manera de contestar. La sociedad, los medios nos están llamando. Las cosas que uno escribe circulan. La profe-

sionalización de la historia comienza a establecer distancia. El propio libro de Germán *—El culto a Bolívar—* inicia sin duda ese proceso. Pero aún así la Sociedad Bolivariana, la Academia de la Historia y la Escuela de Historia no se habían divorciado de esta manipulación. Ahora sí. Ahora, debido a la grosería de la manipulación, nosotros inmediatamente procuramos distanciarnos a toda velocidad, hasta el punto que Chávez no tiene ningún soporte en el ramo. En el campo de los historiadores serios, profesionales, no lo tiene. Él se está inventando sus historiadores. Él se está inventando su Centro Nacional de Historia porque encuentra un vacío extraordinario.

¿Qué significa esto? Que sí ha funcionado, que sí existe una historia o historiografía profesional y que ha tenido suficiente contenido, densidad para enfrentarlo o por lo menos para que la sociedad se dé cuenta de que hay dos interpretaciones y que la de Chávez no es la correcta. Pienso que eso ha expuesto mucho al historiador profesional y a las asociaciones de historiadores profesionales ante la opinión pública. De ahí que uno comience a ocupar unos rangos de posición y de presentación ante la masa que antes no tenía.

La nuestra era una actividad generalmente académica, hasta que Chávez resolvió que no era académico el entendimiento de la historia y obligó a que uno esté constantemente presente. No solamente es uno, sino las instituciones, las corporaciones, los gremios profesionales relacionados con el área. Podemos hablar de individualidades, los aquí presentes y algunos otros más, como Manuel Caballero e Inés Quintero. Pero a la vez hay toda una academia, o la mayoría de ella, que no acepta, o guarda silencio, o participa en respuestas contundentes y permanentes frente a Chávez. La historia o la historiografía deja de ser lo que fue hasta ahora para convertirse en una herramienta ciudadana, en términos colectivos.

No es Germán, Elías y Simón, sino que hay un movimiento muy grande en Maracaibo, en Mérida. Profesores tradicionales de izquierda, de la Universidad de los Andes, de la Universidad Central, se distancian y están dispuestos a apoyarnos y a estar con nosotros en cualquiera de estas luchas. Yo pienso que por allí van los tiros. Las agrupaciones profesionales de historiadores no caen en la trampa del bolivarianismo chavista, se enfrentan a él y se constituyen en un elemento muy importante de resistencia.

Germán Carrera Damas: ¿Qué sentido tiene esta invocación de la historia por Chávez y su grupo? Hay que recordar que Chávez llega al poder utilizando los mecanismos y los procedimientos de la democracia. Desde ese punto de vista, él tiene un origen que se puede calificar de legal, pero llega también con el propósito –y de inmediato lo demostró– de demoler aquellos procedimientos e instituciones gracias a las cuales había llegado al poder.

Era un problema de legitimidad, no de legalidad. En principio, haber sido electo de acuerdo con las normas de la democracia lo comprometía a él, a la Constitución y las leyes, a velar porque esos principios se mantuvieran reflejados. Pero su propósito, su “agenda oculta”, como suele decirse, era demoler esto. Necesitaba un principio de legitimidad para lo que iba a hacer. ¿Cuál era ese principio de legitimidad? Obviamente acude a lo que es el pensamiento histórico, eso que hemos calificado como la “segunda religión” de los venezolanos. Es decir, lo que se hace, se hace para cumplir con el mandato del padre fundador de la patria.

No es una especie de recurso secundario, no, es fundamental. Es el mismo mecanismo que aplicó Fidel en Cuba, sólo que en Cuba él comenzó con un poeta, Martí, y luego tuvo que llegar también a Bolívar, y el uso de Bolívar en la Revolución Cubana es ligeramente anterior al uso de Bolívar por el chavismo. Creo que valdría la pena que exploraran eso, porque se le da a Bolívar no sólo el sentido de haber luchado por la libertad, sino de tener un designio que nunca se planteó entonces, un carácter antiimperialista. Pero no el antiimperialismo de Martí, el poeta que muere en una forma heroica, casi improductiva, sino de un antiimperialista que comenzó por demoler el más grande imperio de su tiempo –el hispanoamericano–, de tal manera que este recurso a Bolívar no es casual, es una fuente de legitimidad y, sobre todo, no necesita explicación.

Una cosa es la falsificación o la manipulación de la historia y otra el peso real de la historia en el presente ¿Qué hay en la historia venezolana que pueda ayudar a entender esta concentración de poder en una sola persona? ¿Cómo gravita la historia? Empecemos por la monarquía, por la época anterior a la Independencia, y luego vayamos con el tema del caudillismo.

Germán Carrera Damas: El proceso que estamos viviendo los venezolanos es perfectamente normal si lo vemos desde el punto de vista de la his-

toria, no de la historia de Venezuela, sino en general. Ninguna sociedad ha transitado de la monarquía absoluta a la república, todavía menos a la república democrática, sin grandes dificultades; salvo aquellas sociedades donde de la monarquía absoluta derivó hacia la monarquía constitucional.

Nosotros rechazamos ese camino con la Constitución política de la monarquía española de 1812. Recuerden que la negamos categóricamente porque la vinculamos con la monarquía absoluta y preferimos la república como forma. Históricamente no ha habido un solo Estado, hasta donde yo sepa, que viniendo de la monarquía absoluta haya logrado incorporar los valores republicanos sin grandes traumas. Estoy hablando de los países del Norte, como Holanda. En Inglaterra sabemos que este proceso es anterior. Pero la historia de Francia nos revela una cosa única, entre una monarquía que todavía estaba viva en tiempos de De Gaulle. De Gaulle estaba más cerca de Luis XIV que de los republicanos. Dos siglos de esfuerzo para llegar a establecer un régimen republicano democrático no es de ninguna manera un tiempo histórico demasiado largo.

La monarquía está viva en aquello que es fundamental. La monarquía no es un régimen político, es una condición sociopolítica. Los hombres son monárquicos en función de una mentalidad y esa mentalidad –Elías ha trabajado mucho esto– es la conjunción del absolutismo con la fe cristiana católica. Allí no hay duda en el caso de América Latina. Eso crea una especie de atavismo fundamental y superarlo es una tarea de generaciones.

Diría que los venezolanos logramos un avance extraordinario desde 1945 hasta 1948, cuando se dio la ruptura, que yo la valoro muchísimo porque fueron momentos críticos. Es el momento en que antiguos *súbditos* insurrectos comienzan a convertirse en *ciudadanos*, porque cambia la fuente de legalidad y legitimidad. Es la soberanía popular expresada cabalmente de acuerdo con procedimientos democráticos. Ese es el momento crítico de ruptura con la monarquía. Pero obviamente esto todavía en un terreno más bien político. En el aspecto social el proceso es mucho más lento.

Tú me perdonas, Enrique, pero, de acuerdo con mi experiencia mexicana, considero a México un país esencialmente monárquico todavía hoy. Hasta en los presidentes municipales. La tarea de construir una república, y sobre todo una república democrática, es cuestión de una evolución lenta y difícil. Nosotros avanzamos mucho después de aquella ruptura. Hubo una

recaída de una década y luego, como se decía hace un momento, durante cuarenta años se hizo un gran esfuerzo por avanzar.

Hoy día —y soy de los que creen que la democracia venezolana está viva, porque la democracia no está en las instituciones: está en la sociedad—, cuando cuatro millones y medio de venezolanos hemos sido capaces de afirmar una vez, dos veces, de actuar sobre nuestra conciencia (porque no había un mesías ni un partido, nadie que nos dijera), nos abstuvimos, votamos en contra y todavía hoy seguimos siendo el gran obstáculo para la restauración de la monarquía absoluta.

Eso demuestra que hemos avanzado en lo que es fundamental: la conformación de una sociedad democrática. Ahora, esto nunca es absoluto en ningún complejo social, pero hoy día podemos decir que cuando menos 40 por ciento, o más, de la sociedad venezolana está conformada como una sociedad democrática en cuanto a la reivindicación del principio fundamental de la soberanía popular. Por eso mi versión de la Venezuela de hoy no es apocalíptica. Todo lo contrario.

Aunque dure mucho tiempo Chávez en el poder.

Germán Carrera Damas: ¿Cuánto es mucho tiempo?

Tienes razón, no puede uno medir un proceso histórico con la vida propia.

Germán Carrera Damas: Sobre todo cuando ha habido esta constante, porque hoy día no se puede decir que Chávez haya ampliado su base social, que haya ganado nuevas personas significativas, sino que la gente se mantiene firme y entre ellos los historiadores que estamos conscientes de este proceso.

Simón Alberto Conzatti: Sí, la democracia está viva, pero quisiera referirme al problema del caudillismo. Tenemos una tradición caudillista ya reconocida, y sin embargo yo quisiera ver a Chávez sin el petróleo. Chávez es, a mi juicio, un fenómeno bastante artificial.

Chávez le está haciendo a Venezuela un gran servicio. Ha puesto a pensar el país por primera vez. En segundo lugar, está destruyendo tres mitos que nos mantuvieron como dormidos, indiferentes: el mito de Bolívar, el del petróleo y el del Ejército. Esos tres mitos condicionaron la democracia venezolana. Neutralizaron la reacción de los políticos o los partidos para afianzar con mayor solidez la base democrática.

Hubo una veneración a Bolívar. Nadie dijo pío a Bolívar. Chávez ha acabado con ese mito. De Bolívar va a quedar muy poco después de Chávez.

En cuanto al petróleo, finalmente nos estamos liberando de él. Todo fue condicionado en Venezuela por el petróleo. Incluso la crisis de la democracia, durante los ochenta y los noventa, fue definida por un libro de Moisés Naím y Ramón Piñango como *El fin de la armonía*. ¿Pero por qué era el fin de la armonía? Porque se suponía que los precios del petróleo no se iban a disparar –como se dispararon luego–, que el petróleo no alcanzaba ya para que todo se resolviera en Venezuela con recursos económicos. Las demandas sindicales se resolvían fácilmente porque había recursos. La salud, la educación, la infraestructura del país progresó en 40 años de manera increíble. Todo lo que veas en Caracas fue hecho en esos 49 años. Así, Chávez ha acabado con el petróleo que nos adormecía.

¡Qué decir de las fuerzas armadas! Las ha convertido en una vergüenza. El famoso desfile del ejército del 24 de junio fue un festival folklórico de la peor naturaleza. Las fuerzas armadas están en una situación ideal para agilizar un proceso de reconstrucción del Ejército. La democracia, con Rómulo Betancourt, logró neutralizarlas, pero nada más. Aquello era como un Estado dentro del Estado: todos los presidentes reverenciaban a las fuerzas armadas y no intentaban, con respecto a ellas, una política de formación democrática. Cuando murió Pérez Jiménez todos los generales lloraron su muerte, visiblemente.

En conclusión, Chávez está creando las bases de un país absolutamente nuevo, despojado de esos tres condicionamientos que tenían como neutralizada a la democracia venezolana.

Elías Pino Iturrieta: Volviendo a tu pregunta sobre la cosa histórica que pudiera explicar alguna peculiaridad nuestra, desde luego que este tránsito de la monarquía absoluta a nuestra situación es muy importante. Ahora, hay algunas peculiaridades que convendría recordar.

Como en ninguna otra situación hispanoamericana, nuestra guerra de Independencia crea una ruptura del orden establecido realmente importante. Las instituciones monárquicas las tiene que restaurar Monteverde, y después Boves. Hacen todo lo contrario. Hay un primer vacío importante. Todos los códigos del antiguo régimen son echados al basurero. Pero eso es exactamente lo que hace Bolívar después del manifiesto de Cartagena.

Él sigue el ejemplo de Monteverde y echa al estercolero todas las instituciones republicanas, todo el armazón de la Primera República. La desconoce, la niega por completo y va a proponer un gobierno personal que es la dictadura.

Hay un hueco muy grande en Venezuela por el hecho de que nadie refiere su acción a las instituciones que defiende. Los monárquicos hacen lo que les parece y reemplazan a Fernando VII por el régimen personal de Monteverde, y el de Boves. Y Bolívar hace exactamente lo mismo. Estamos en el periodo que corre de 1811 a 1814.

Es la “guerra a muerte”.

Elías Pino Iturrieta: Exactamente, la guerra a muerte. “Nada es de lo que fue”, dice Bolívar refiriéndose a “la guerra a muerte”. Una frase extraordinaria: “Nada es de lo que fue”.

No me cabe duda de que es un proceso de independencia absolutamente distinto con respecto al mexicano. El mexicano fue muy destructivo, pero más breve y acotado. Luego vino una larga paz y un pacto.

Elías Pino Iturrieta: Se forma un proyecto nacional venezolano frente a la gran Colombia y frente a Bolívar, quien, debido al hueco institucional, no tiene más remedio que provocar una transacción con un hombre fuerte, con Páez. Allí hay una raíz de una peculiaridad nuestra.

Germán Carrera Damas: En realidad tenemos que plantearnos el problema en esta perspectiva: la conversión de un súbdito rebelde en un ciudadano no es una tarea de simple educación, sino de transformación social.

A aquella sociedad venezolana que sale de la guerra, literalmente reducida al mínimo, desde el punto de vista de la sangría, del deterioro de la vida material, de la vida productiva, casi privada de infraestructura que pudiera ir más allá de un camino de recua, a esa sociedad se le plantea este pequeño problema: ¿cómo convertirse en una república moderna con ciudadanos? Un 96 ó 98 por ciento es analfabeto, es un país no integrado. Bolívar cumple un papel importante porque en definitiva el salto de la Independencia fue tan triste que mucha gente ya estaba poniendo en duda que aquello hubiera tenido sentido.

Ahora, los hombres que gobernaban eran responsables de aquella situación. Buscaron a quién endosar la responsabilidad. Como sea, trajeron los

restos de Bolívar, lo endiosaron. Él era el responsable de lo que se estaba viviendo (en cuanto a qué originó la situación), pero los venezolanos hemos sido incapaces de hacer realidad su legado. El caudillo se sustraía a la responsabilidad directa, era su incapacidad para conducir la sociedad más allá de un acto de mandonería y punto. Este esquema prevaleció y prevalece hasta hoy. Y por eso ves que todavía hoy los venezolanos ante un problema te dicen: “Bueno, es que Chávez no sabe”. El presidente debería saber que es el mismo esquema del rey, de Fernando VII: “Esto va mal porque el rey no está enterado”. ¿Por qué? Porque se supone que el rey estaba ahí por la voluntad divina y pensar que Dios no sabe lo que está pasando es imposible: no se mueve una hoja sin que medie la voluntad de Dios.

Ahora, ¿cuánto tiempo requiere sacar de la mentalidad de una sociedad ese paradigma que ha sido orgánico en ella durante tres siglos? Porque la sociedad venezolana se forma dentro de esos parámetros. En realidad somos un poquito duros con esta sociedad al pensar que ese cambio debería hacerse tan brusco.

Si uno reflexiona sobre lo que sucedió en Estados Unidos se dará cuenta de que inmediatamente, al lograr la independencia, comienza el gran pleito entre George Washington, que se parecía mucho a Simón Bolívar, y gente como Madison y Jefferson, que podrían ser los federalistas y tienen la misma disputa literalmente hasta la Guerra de Secesión, más de medio siglo después. Repito: ninguna sociedad procedente de una monarquía, y más aún de una absoluta, ha escapado a esta ley.

¿El general José Antonio Páez es un personaje vilipendiado abiertamente por Chávez o por esta mitología histórica suya?

Elías Pino Iturrieta: Sí, claro. Era “traidor”. “Traidor” a Bolívar y a la gloria colombiana.

Germán Carrera Damas: Es algo disparatado porque en definitiva es imposible separar a Bolívar de Páez. Su alianza política fue la clave de la concentración del poder en Bolívar. Hacia 1817 y 1818, Bolívar puede, digamos, zafarse de los llamados caudillos orientales porque tiene a Páez. Y después Páez es “el loquero”, el hombre capaz de controlar a aquella sociedad.

¿Esa palabra, “loquero”, viene de entonces?

Germán Carrera Damas: Bolívar la usó. Aquella sociedad estaba en tal

grado de disgregación que, si uno hace la revisión de todos los hombres de los que podía disponer Bolívar para controlar Venezuela, el único que había demostrado capacidad para ello había sido Páez. Bolívar le temía mucho más a los llaneros venezolanos que al Ejército del Sur en el Perú, porque sabía por experiencia que aquellas gentes podían acabar con la república, como lo hicieron en 1814. Páez era absolutamente necesario para Bolívar. Le tenía cuidando la retaguardia cuando él estaba luchando hacia el Sur.

Elías Pino Iturrieta: Que Páez forme parte de la enemistad de Chávez no nos debe sorprender porque su lectura rudimentaria determina que “traicionó” a Bolívar y que la traición –nosotros somos hijos de la traición– él la va a rectificar. El pecado original comienza con esta sociedad que mata a Bolívar. Y la orden de fusilamiento la tiene Páez.

Y ahí comienza una carga terrible para el pueblo venezolano, que fue el del crimen, el parricidio. ¿Y quién sería el ejecutor del crimen? Páez. Ahora, eso es lo más manido, lo que Chávez maneja constantemente. Por supuesto, habrá que recurrir a Santander, porque en su pleito con Colombia, Chávez tiene que buscar también en la historia lo que no entiende en la cabeza.

Con Páez hay una cosa muy importante. Ciertamente, es ese guerrero fundamental que acaba de referir Germán Carrera, el loquero (que lo fue, en cierta medida, para poner orden en ese manicomio), pero a la vez hace una transacción muy importante que nos permite estar hablando hoy de república y de republicanismo. Páez hace un pacto con el republicanismo moderno capitalista, con la Sociedad Económica de Amigos del País, acepta las leyes del libre cambio. Da la bienvenida a la libertad de culto, elimina los diezmos y las primicias. Adelanta todo el proyecto liberal del siglo XIX.

¿Qué significa eso? Una distancia terrible frente al absolutismo y frente a Bolívar. ¿Cuándo comienza a haber república en Venezuela? Con Páez, con el señor lancero. Es una tremenda contradicción. Se le abre la puerta a lo que llamo los primeros venezolanos, los que comienzan a pensar desde su urgencia, desde su enredo, y los que dicen: “Que el gobierno se ocupe de poner las leyes, pero que no nos fastidie la vida”. Y Páez dice: “Bueno, está bien”. Entonces comienza una deliberación y una escritura y un pensamiento del país que no existía.

¿Cuándo pensamos nosotros en la Independencia? No teníamos tiempo porque nos matábamos como unos pendejos. Cuando comienza de veras

un entendimiento republicano del país es entonces, a partir del año 30, frente al terrible rompecabezas de la ruina y del desastre que es Venezuela. ¿Y qué es lo que se está procurando? Que el propietario ocupe un lugar, que vincule su éxito con el de la sociedad. Y en el centro de ese proyecto republicano capitalista está el general Páez.

Eso es abominable para Chávez y para cualquier persona que hoy esté con el “socialismo del siglo xxi”. Páez es el monstruo y es el horror del antobolivarismo.

Germán Carrera Damas: Voy a decir una cosa que parece una provocación: Páez entró virgen ideológicamente al siglo xix. Bolívar nunca abandonó el siglo xviii.

No puedo estar más de acuerdo contigo. David Brading escribió hace tiempo un ensayo sobre Bolívar que incorporó en su obra magna The First America y tituló “Republican hero”. El perfil lo aleja de los esquemas románticos del siglo xix y mucho más de las ideologías del xx. En cuanto a Páez, con las diferencias del caso, el personaje que más se le parece en México es Porfirio Díaz. El nuestro es más absolutista y además actúa en otro momento tardío del siglo xix, pero también está ahí la combinación de modernización económica, de modernización liberal de las creencias y las costumbres religiosas. En lo político, un hombre que entiende a la república pero conserva elementos monárquicos. Ahora permítanme brincar a otro tema, que atañe a la revolución social como se daba en esos tiempos. ¿Qué tan importante fue la experiencia de la revolución de Haití en la mente de Bolívar para su proyecto?

Simón Alberto Conzalvi: Te lo respondo con una frase de Bolívar mismo cuando se planteó, después de Ayacucho, la posibilidad de invadir Cuba. Para liberar La Habana de la Corona –Sucre, por ejemplo, era partidario de embarcar aquellas tropas ya para Cuba–, Bolívar escribió esto: “No necesitamos otro Haití.” ¿Qué quería decir? La población cubana era masivamente esclava o descendiente de esclavos y había apenas un pequeño sector de criollos que controlaba la sociedad. También había pasado en Santo Domingo. Es entonces que Bolívar llega a escribir la frase: “No necesitamos otro Haití.”

Germán Carrera Damas: Porque él le tiene mucho miedo a lo popular propiamente y sobre todo al carácter de guerra social que tomaba la insurrección de los esclavos, pero fíjate que él fue partidario de la abolición. De lo que no era partidario era de que aquella abolición se tradujera en voltear la sociedad.

Le tenía miedo a lo social.

Germán Carrera Damas: Totalmente, al pueblo, por incompetencia.

¿Qué justificaba ese miedo?

Germán Carrera Damas: Los esclavos no eran parte del pueblo. El pueblo era el que se reunía en San Francisco, unas 400, 500 personas, una república de hombres libres, igual que en los Estados Unidos de la época. Los esclavos no eran parte de la república.

Él va de Jamaica a Haití. El texto de Jamaica es de negación republicana, es copia de Fray Servando, así de simple, y lo cita. La independencia es la búsqueda de la restitución de los derechos, del contrato que burló el emperador.

Elías Pino Iturrieta: Sí. El contrato que burló entregándoles a los franceses. Nosotros tenemos que volver a la antigüedad, a lo que se llama el régimen feudal. Él cita a Fray Servando y habla así como padre de familia establecido por la Iglesia. Pero cuando va a Haití, el discurso de Bolívar cambia por completo. ¿Por qué? Es la primera vez que tiene contacto con el pueblo. Bolívar ha hecho una peripecia política, es decir, un vínculo real con la masa.

Cuando va a Haití y ve a los negros en un proyecto republicano –y no solamente los ve sino que recibe ayuda de ellos–, llega a su encrucijada. La necesidad del contacto pero a la vez el temor. Bolívar se va a debatir en eso hasta el final de sus días. La necesidad de ese pueblo que él conoció por primera vez en Haití pero al que teme terriblemente por su incompetencia, por su ineptitud, por el volcán: estamos sentados en un volcán.

Por supuesto, todo lo que lleva él a Haití en 1815 es un mensaje negativo: Venezuela se ha negado al contacto con esa isla. En la Primera República lo primero que se plantea es: aquí no queremos nada con este negraje, porque se están matando, etcétera. Y el que trata de saltar la barrera es Bolívar, con la promesa de la abolición de la esclavitud, que después no cumple. Pero por lo menos la dice, la anuncia en una proclama. Haití es la necesidad y a la vez el temor.

Germán Carrera Damas: La medida objetiva del impacto que tuvo lo de Haití en esta sociedad colonial la tiene la resolución de la Junta Suprema Conservadora de los Derechos de Fernando VII prohibiendo la trata. Esto dice mucho.

¿Qué significaba prohibir la trata? En la sociedad venezolana de aquella época, los esclavos no representaban más del cinco o seis por ciento de la población y la mayoría estaban en el servicio doméstico. ¿Por qué? Eran incos-

teables en la agricultura, salvo en las tareas básicas, pero nadie va a recoger una cosecha con esclavos, porque el costo es gigantesco. El prohibir la trata significaba que había el temor de que la población esclava aumentase y llegara a establecer la misma relación que había establecido en Haití, en Santo Domingo. Entonces, había que prohibirla. Cuando uno se pregunta: ¿por qué prohibir la trata y no abolir la esclavitud? Abolirla significaba la bancarrota social. En todas las propiedades, el mayor capital eran los esclavos y todas tenían hipotecas y censos sobre la base del valor global, pero más de la mitad, el 75 por ciento de ese valor global, provenía de ahí. La tierra no valía casi nada y las construcciones menos todavía. En consecuencia, abolir la esclavitud era el derrumbe financiero para todos los propietarios agrarios. Este es un hecho real de economía, no de ideas ni de conceptos. Pero al mismo tiempo todo esclavista, y esto es claro, no duerme tranquilo, porque la esclavitud es una fuente de rebeldía, de retaliaciones inevitables. Aumentar la población esclava era un gran riesgo. Y por eso llama la atención que una de las primeras medidas de la Junta Suprema Conservadora de los Derechos de Fernando VII fuera prohibir la trata, no abolir. Ahí tienes un indicio concreto.

Siendo Bolívar un hombre del siglo XVIII cuyo horizonte intelectual es Roma, la historia romana, un lector de las Vidas Paralelas de Plutarco, de Montesquieu, ¿podemos pensar que tuviera instintos propiamente dictatoriales o de ambición de poder o en el sentido, digamos, napoleónico?

Elías Pino Iturrieta: Bolívar quiere el mando y no se sacia de él. Cuando uno lee por ejemplo el relato de O’Leary, la gente interpreta: “Mira cómo disponía personalmente del destino de la sociedad, cómo hacía lo que le daba su bendita gana”. Pienso que uno no se atreve a decir que Bolívar tiene una necesidad de control de la sociedad como nunca antes. Y es fundamental, porque es el “padre de la patria”, como le llamamos nosotros, el modelo de la sociedad venezolana, la carga de la sociedad venezolana, sigue a Bolívar, un hombre cuyo norte, cuya esencia, era el control de la sociedad, es decir, el poder de él solo sobre un grupo que no considera competente.

Se parece a César en ese sentido.

Germán Carrera Damas: Bolívar es el padre de la patria por un decreto del Congreso de Colombia. Ahí está consagrado cabalmente. Se le proclama padre de la patria, pero, ¿de cuál patria? De Colombia, porque Colombia era su

creación. Esto correspondía a una realidad que no era venezolana ni era neogranadina, era un ente nuevo. El primer propósito es que la capital fuese una ciudad llamada Bolívar, porque en realidad en aquellos hombres había conciencia de que él había sido el gran arquitecto de todo aquello.

Eso correspondía a una realidad, pero hay un hecho que vale la pena tomar en cuenta. ¿Conoces el libro de John Lynch? Hay una frase que a mí me impresionó mucho viniendo de un inglés, porque exhibe todo su esfuerzo crítico. Él dice: “Bolívar era de tal condición que aún en los momentos de su decadencia era muy superior a todos los que lo rodeaban”.

Es bolívariano, John Lynch...

Germán Carrera Damas: El problema es que en verdad Bolívar se lucía, pero porque tenía genuino carisma. Porque, ¿qué es lo que ofrecía? Lucha, esfuerzo. Él no estaba ofreciendo prebendas, como Chávez. Y la gente iba incluso viniendo del campo contrario.

Algo había en realidad que hacía que Bolívar pudiese ser el centro de una voluntad social y que esto se tradujera en poder. Pero además recuerda que desde que se constituye Colombia, Bolívar gozó de facultades extraordinarias, hasta 1827. Es decir, el general presidente literalmente concentraba los poderes. Y esto era objetivo y los congresos de Colombia no eran especialmente dóciles con él. A Bolívar le tenían un gran recelo pero asociaban su figura, no sólo con la viabilidad de Colombia como proyecto, sino con la consolidación, no sólo de la república sino de la independencia.

Cuando Bolívar va al Perú el Congreso le dice: “Usted sabe lo que hace, porque usted es el padre de Colombia”. Pero está a la expectativa de que aquello parecía algo de tal locura, que podía terminar en un fracaso total. La magnitud del hecho era tal que tenía que imponer un gran respeto en todos los que estaban alrededor de él. La prueba es que seduce a John Lynch también a esta distancia.

Elías Pino Iturrieta: Agreguémosle a eso toda una maquinaria de propaganda que monta Simón Bolívar para su poder personal. Es el sol de Colombia. Hay carisma y hay todo eso que dices pero también todo un proyecto montado.

Pero, ¿cómo olvidar que no se coronó? Bolívar habló clara y repetidamente por la libertad y contra la tiranía.

Germán Carrera Damas: ¿Tú conoces en todo el siglo XIX un hombre que haya redactado más constituciones y ejercido más la crítica constitucional que Bolívar?

La Constitución del 11 la critica en Cartagena; es uno de los redactores de la Constitución del 19 de Angostura; da consejos y es crítico de la Constitución de Colombia del 21, pero es el hombre que prepara el proyecto de Constitución para Bolivia y lo presenta como un mensaje que te recomiendo que releas con muchísimo cuidado.

Bolívar fue un gran *constitucionalista*. Esto parece que pasa un poquito bajo la mesa, pero no hay ningún otro prócer de la Independencia que haya tenido una preocupación equiparable por la Constitución y por el texto constitucional. Ahora, ¿de dónde venía eso? ¿Era la monarquía constitucional o era la república? Para mí, era un republicano, pero conservador, no era demócrata, pero en esa época ningún republicano era demócrata.

Simón Alberto Conzalkvi: En eso lo sigue Chávez, que es constitucionalista. Chávez tiene esa idea. Y el referéndum de diciembre de 2007 va en ese mismo sentido. Hay que estudiarlo muy bien. El artículo 69 es propuesto por Chávez para reformar la Constitución y le da un poder extraordinario. Todo el poder para él. Para no negar la elección de los gobernadores, que era un paso atrás muy grave, Chávez propuso siete vicepresidentes que al mismo tiempo iban a ser de administración y fortalezas militares.

Virreyes.

Simón Alberto Conzalkvi: En Venezuela no le hemos dado la importancia de la amenaza que significó y que continúa con la posibilidad de que ahora con una nueva asamblea ellos están en condiciones de formular otras reformas. Por ahí va la cosa.

Ahora, en las disposiciones transitorias de la nueva Constitución reformada, decía un artículo, de tres líneas nada más: “El presidente de la República queda autorizado para modificar el sistema económico y político del país”. Nada más.

Fernando VIII.

Germán Carrera Damas: ¿Y por qué quiere Bolívar reformar la Constitución de Cúcuta? Ese gran constitucionalista. Para ser presidente vitalicio.

Simón Alberto Conzalkvi: Por ahí hay una filiación.

Elías Pino Iturrieta: He dicho en alguna parte que el único que ha leído con toda seriedad a Bolívar es Chávez. En eso lo calca, en el predominio y la visión.

Germán Carrera Damas: Lo que Chávez se propuso fue demoler la República y en el fondo es la restauración de una monarquía por la vía de una monarquía constitucional. Lo que dijiste, es Fernando VIII. Lo que pasa es que como ya la sociedad ha absorbido y asimilado la democracia tiene un grandísimo obstáculo para seguir adelante. Y el 2 de diciembre el impacto fue feroz. La gente no aceptó esa idea.

¿En dónde está ahora la famosa teoría de Laureano Vallenilla Lanz sobre El gendarme necesario? En México se esgrimió desde fines del siglo XIX, con autores positivistas que veían en Porfirio Díaz un principio de orden, paz y progreso frente al caos de la guerra y a la “utopía” liberal de una república moderna. En Perú, Francisco García Calderón reiteró la idea del “Cesarismo democrático” en una obra notable: Las democracias latinas de América. Tú, Elías, has escrito que en su momento este positivismo venezolano (muy tardío, por cierto) significó un avance frente a la “historia de bronce”. ¿Es así?

Elías Pino Iturrieta: Vallenilla Lanz plantea la Independencia como una guerra civil y no deja de encontrar en el “personalismo” uno de sus rasgos. Aunque lo atribuye a la raza y a la clave evolucionista, se divorcia de las reverencias usuales para meterse con los próceres, en especial con Don Simón, mirándolos como hombres, no como semidioses. El suyo fue quizás un capítulo pionero que abrió la puerta para versiones más sensatas. No obstante, todo el andamiaje sociológico de Laureano Vallenilla parecería condenarnos a una situación de pasividad. Lo cierto es que nadie lee ahora a Vallenilla para buscar una explicación de lo que está pasando.

Germán Carrera Damas: Vallenilla fue un fraude intelectual en ese aspecto. Lo que hizo fue tomar una noción de la vida política francesa, cuando él estuvo a fines del XIX allá, en una sociedad que estaba totalmente traumatizada por la Comuna.

Recuerda, estamos en 1870. Todavía 20 años después (e incluso, yo diría, agudizándose), la sociedad francesa tenía un temor tremendo a lo que llamaban las rebeliones populares y la posibilidad de que la Comuna pudiese resurgir, y soñaba con la restauración del imperio. Y un buen señor, el

general Boulanger, aparecía en aquel momento –por supuesto, él había sido uno de los grandes represores de la Comuna, de los 70 mil fusilados– como *le gendarme nécessaire*. El hombre tiene lo necesario para evitar que resurgiese la Comuna. Vallenilla toma esa idea y la traslada. Habla del gendarme necesario, pero en francés, como tú sabes, el “gendarme” es el hombre de armas, por definición.

En consecuencia, ante lo que vivía Venezuela en el siglo XIX, Vallenilla, como buen francés espiritual, considera que el país necesita un Boulanger. La idea era que en Francia Boulanger debía ser el hombre que creara las condiciones para restaurar el imperio, porque el imperio aparecía como el que había frenado antes del 70 aquellas crisis del 48, la rebelión de los barrios de Saint-Antoine y todo eso. Había puesto orden en París. Es un traslado de una noción para justificar simplemente al caudillo dictatorial, pero dándole visos de sociología moderna, porque el concepto aparecía como muy atractivo.

Pero hay un hecho importante: Vallenilla no llega a decir que el gendarme necesario es transitorio; tampoco dice que será permanente. Porque no podía. Él no era capaz de decir que Boves iba a ser transitorio. Eso era evidente. En otros aspectos, Vallenilla tiene destellos muy valiosos, pero en este respecto lo veo simplemente como un contrabando histórico-ideológico tomado directamente del acontecer francés de fines del XIX.

Curiosamente, Boulanger fracasó porque tenía una amante. Este es el aspecto anecdótico del asunto. Tenía una amante y soñaba con ella. Por razones sociales él tuvo que irse a Inglaterra. Ella murió, la enterraron en Bélgica. Entonces fue a visitar la tumba y se suicidó.

Quiero pasar ahora a los personajes heroicos en la imaginación epopéyica de Chávez. Ezequiel Zamora, para empezar. ¿Qué tan mitologizado tiene Chávez a Zamora? ¿Tanto como a Bolívar?

Simón Alberto Consakvi: Hubo tres Zamoras distintos y Chávez se enamoró del primero, que fue el de la rebelión y de los tiempos iniciales. En el gobierno de Páez hay un proceso electoral y el líder popular era Antonio Leocadio Guzmán, quien era el que tenía mayores posibilidades. El sector gobernante hizo todo lo posible para cortarle el camino. De allí vino el lanzamiento de algunos acompañantes de Guzmán. Como consecuencia, Zamora se alza y surgen los primeros amagos de una guerra que se veía en

el porvenir. Ése es el Zamora revolucionario. Hay un segundo Zamora que es el general que se pone al servicio de los Monagas, una dinastía que duró alrededor de diez años. Y hay un tercer Zamora, el que se casa con la hermana del presidente Juan Crisóstomo Falcón, una viuda muy rica, y posee unos cuantos esclavos. De modo que hay tres: el revolucionario, el que desapareció con el general, al servicio de Monagas, y el último, que es un esclavista.

Dediquemos un instante al bisabuelo de Chávez, al general Maisanta.

Simón Alberto Conzalvi: Eso forma parte de la adulteración de la historia y de la fabricación de un mito. Maisanta era un abigeo que estuvo preso por robar ganado, por participar en alguna de esas escaramuzas, pero no más.

Volvamos a la historia. Dos figuras, la de Guzmán Blanco y la de Gómez. ¿Gravitan en algo en este momento esas figuras, la de Gómez, la de Castro, la de Guzmán Blanco?

Elías Pino Iturrieta: Chávez ha tratado de resucitar a Castro sin mucha fortuna. Lo plantea como paladín del antiimperialismo y es una constante en sus discursos. Guzmán no tiene ya mucho vínculo con la sensibilidad venezolana. Gómez sí es muy importante para la sociedad, es una referencia permanente desde cualquier sector.

En algún lugar leí que en el siglo XIX la grandilocuencia política es algo más acusado en Venezuela que en otros países de América Latina. ¿Ustedes estarían de acuerdo en eso? ¿Estarían de acuerdo en que Guzmán Blanco tuvo un uso de la retórica y de la grandilocuencia que no se veía en Colombia o en Chile o en algunos otros lugares? Lo pregunto por la extrema verbalidad, verborrea y grandilocuencia del momento actual. El lugar, no del logos, sino del verbo, en el caso de Chávez. Quiero saber si hay algo en la historia venezolana, ¿o estoy equivocado?, en donde la política está ligada de manera excesiva a los discursos.

Germán Carrera Damas: Busca el libro de Malcolm Deas *El poder y la gramática* para que veas el grado de concertación a que podía llegar la política y la retórica.

Conozco al gran Malcolm y he leído su libro. Pero él se refiere a Colombia y habla de gramática, no de retórica. Y en su capítulo sobre Venezuela en la Historia de Cambridge recuerda con ánimo divertido el “estilo espectacular” de Guzmán Blanco, su teatralidad, su pompa, sus títulos “Ilustre americano”, “Regenerador de Venezuela”, en una palabra su extravagancia. Dice que los chilenos se burlaban de todo eso.

Germán Carrera Damas: Pero un momentito, Malcolm es un hombre que conoce bastante la historia de América Latina y sobre todo de la América andina. Si tú bajas de Colombia a Bogotá y vas a Ecuador y al Perú, caramba, yo creo que la grandilocuencia no es menor. Y en Bolivia igual.

Elías Pino Iturrieta: Yo iba a decir algo parecido. Creo que, al revés, la retórica nuestra es más bien muy pobre y muy lamentable, incluyendo a Guzmán. La grandilocuencia de Guzmán era desfachatez, que es lo de Chávez también. “Yo soy el señor, no existe persona nacida, hijo del carajo, qué puedes decir sobre mí”. Y alrededor de esa desfachatez de Guzmán está el discurso de la adulación, del entregarse por completo al cortejo.

Germán Carrera Damas: Pero con una circunstancia, que Guzmán era un hombre culto. Chávez no.

Elías Pino Iturrieta: Sus discursos son chatos. En comparación con la retórica de la palabra en Colombia nosotros más bien no competimos, quedamos muy mal en la carrera.

Germán Carrera Damas: Lo compararía más bien con Jóvito Villalba que usaba un montón de adjetivos. Y con José Eliezer Gaytán que era literalmente un encantador: era impresionante el efecto que causaba, a pesar de que él tenía un tono que no era el venezolano, porque era un tono colombiano de altura, digamos.

Ese encanto lo tiene Chávez, ¿no?

Germán Carrera Damas: No, no lo tiene. Para reunir 20 mil personas en Caracas, Chávez tiene que traer dos mil camiones.

¿Qué decir de Gómez hoy? ¿Está presente el dictador en “el imaginario” venezolano?

Simón Alberto Conzalki: Gómez está en la mente de los venezolanos. Si uno va a los pueblos del interior conseguirá figuras de Gómez por los artistas populares en todas partes. Incluso ya lo han incorporado a esos altares en donde está Bolívar, de manera que no hay duda de que su peso es muy grande en Venezuela y en las fuerzas armadas más que en otros círculos.

En las fuerzas armadas parece que no hubiera ocurrido un cambio de fondo a la democracia, ellos siguen pensando en términos gomecistas y de alguna manera o de otra vinculan probablemente a Chávez con esta figura. A pesar del socialismo y todo ese cuento, muchos militares ven a Chávez

como una resurrección de Gómez y como alguien que les va a garantizar el dominio sobre la sociedad, porque él está gobernando con ellos.

Eliás Pino Iturrieta: Es una de las cosas que más desesperanza me produce en relación con nuestro republicanismo. Yo comparto con Germán la idea de que esto va caminando de una manera estupenda, en busca de fórmulas republicanas y de salidas cívicas, y que somos un escollo formidable, pero a la vez me produce gran desconfianza una sociedad que no entiende lo que de veras fue Gómez, este cretino, era un imbécil de marca mayor... Era un idiota, un sanguinario, un sangre fría, era una cosa pavorosa, pero nosotros contamos las anécdotas del hombre fuerte y bueno, que fue la frase que inventó otro historiador colega nuestro, Gil Fortoul, “el hombre fuerte y bueno”. Era un horror, 27 años de ignominia y de vergüenza. ¿Y eso qué importa? Porfirio Díaz era un hombre de genio, genio de genios, tenía formación, tenía por supuesto mucho pupitre. Pero Gómez es un campesino ignorante y se muere como un campesino ignorante, rico, poderoso de robar todo lo que le dio su gana.

Esa sí es una diferencia muy importante con Porfirio Díaz, porque él no robó. Probablemente consintió que alguno de sus hijos fuera accionista de una empresa. Pero, ¿cuál es la huella de Gómez ahora según tu concepto?

Germán Carrera Damas: Gómez demostró que fue lo suficientemente inteligente –de guisa natural, no hablo de cultura– como para diferenciar entre el poder y el gobierno. Lo suyo era el poder. Pero buscó un buen número de hombres, entre ellos tipos capaces, que gobernaron. Gómez lo que hizo fue concentrar el poder pero no el gobierno, en el sentido de que había espacios donde los hombres podían realizar pininos de obra civilizadora, pero, eso sí, en absoluto podían tocar lo que era el poder.

Era el dueño de Venezuela.

Germán Carrera Damas: Para que veas lo compleja que es la personalidad de Gómez desde este punto de vista, voy a contar dos anécdotas muy breves.

Una, del general Carlos Peñaloza Zambrano. Peñaloza es un hombre muy inteligente. Era director de la Escuela Militar. Un día me invita a dar una conferencia. Entro a su despacho y veo un retrato. Se da cuenta y me dice: “¿Te impresiona el retrato, verdad?”. Y yo: “Sí. Con razón”. Era el

retrato del general Gómez. Entonces le digo: “Claro que me impresiona –porque yo estoy recordando al general Peñaloza en la cárcel, etcétera, etcétera–”. Y Carlos me dice: “Fue el fundador de la Escuela Militar”. Y Carlos era un demócrata.

La otra anécdota. Mi mamá el Día de Muertos ponía las velas en un rincón de la casa y siempre ponía una para Gómez. Un día le pregunto: “Oiga, mamá, ¿por qué usted le pone una vela a Gómez?” Ella responde: “Mira, ese bicho fue tan malo que todo lo que podamos pedir por él es un acto de voluntad”.

Vale la pena subrayar una cosa con respecto a Gómez: no fue producto del petróleo. La consolidación del poder gomecista ocurre cuando Venezuela era todavía una sociedad agraria total donde el petróleo no había tomado auge. El petróleo comienza con vigor en el año 28 y Gómez ya había consolidado su poder desde 1909. Este es un hecho interesante porque sin duda que el petróleo lo refuerza, lo consolida, pero él es una expresión genuina de aquella Venezuela primaria y no de la petrolera.

Simón Alberto Conzsalvi: Chávez utiliza el petróleo exactamente como lo utilizó Gómez, quien les daba concesiones a sus amigos –la cosa más insólita, más inverosímil–. Gómez no sabía lo que hacía.

Por ejemplo, al médico, a su urólogo, él no le pagaba con dinero, sino con una concesión petrolera. Una de las concesiones que le dio, la vendió el doctor Adolfo Bueno por siete millones de dólares en 1920. El ministro del petróleo le abre los ojos a Gómez y le dice: “Tú estás cometiendo una estupidez. Usted le da 200 morocotas y el doctor Bueno se siente feliz, pero usted le ha dado una concesión y mire lo que ha hecho”. Gómez abre los ojos y funda la Compañía Venezolana de Petróleo, su empresa particular. Tenía un enorme poder.

Así como Gómez repartía concesiones, Chávez reparte el petróleo, exactamente igual, sin que nos enteremos. No hay manera de enterarse. Ellos no entregan cuentas de ninguna naturaleza. El contrabando de petróleo que hay de Venezuela hacia Cuba es algo extraordinariamente significativo. Petróleos de Venezuela es una de las áreas más secretas que hay en este momento en el país, cosa que nunca había ocurrido. El vicepresidente del ramo es primo de Chávez. Ahí está concentrado todo el poder de Chávez. Es dueño del petróleo, sin que nadie esté en condiciones de auditarlo. En estos días, en esos boletines confidenciales de la banca internacional, había

inquietud en Europa porque por primera vez han llegado depósitos venezolanos a bancos europeos. Un banco inglés comenzó algunas investigaciones porque detectó que en su sucursal de Panamá un joven venezolano había depositado mil 500 millones de dólares. Y esa es una cifra pequeña para lo que estamos manejando.

Germán Carrera Damas: En contraste, cuando Fidel vino aquí y le pidió a Betancourt petróleo para Cuba, Betancourt le dijo: “Yo no tengo petróleo, ese petróleo es del pueblo de Venezuela y yo no puedo disponer de él”.

Simón Alberto Conzalki: Allí arranca la guerra contra Venezuela. Yo estaba ahí. Presencié la negativa de Betancourt, quien era presidente electo. Fue en una casa muy cerca de aquí preparada para recibir a Fidel. Aun cuando nosotros no oíamos la conversación, se quedaron Fidel y Rómulo Betancourt. Uno le veía el rostro a Betancourt, que se encendía. El único venezolano que no cayó bajo las redes de Fidel fue él. Los demás todos caímos bajo la magia.❶